

Quién es este ciego



DAVID NOBOA



LA
PUERTA
DEL ROPERO



¿Quién es este ciego?

Derechos de autor

©2020 David Noboa Cazar

www.soydavidnobia.com

All rights reserved

Diseño de Portada y Maquetación: Fidian Guananga

Todos los derechos reservados

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.



¿QUIÉN ES ESTE CIEGO?

Por David Noboa

Entonces consideré la sabiduría y la insensatez,
y cualquiera llegaría a la misma conclusión que yo:
que la sabiduría es más valiosa que la insensatez,
así como la luz es mejor que las tinieblas;
pues mientras el sabio ve, el necio está ciego.
Y sin embargo observé que al sabio y al necio
les espera el mismo final

Eclesiastés 2:12-14



La plaza siempre estaba llena de gente. Comerciantes, comerciaban. Vendedores, vendían. Transeúntes, transitaban cada día por aquel lugar. Desde las primeras horas los anunciantes colocaban sus anuncios y los negocios abrían sus puertas para negociar. El vociferio de los ambulantes no se hacía esperar, lanzando a gritos las ofertas del día.

La explanada era como todas las plazas de cualquier ciudad colonial. Un gran monumento en el centro del parque rodeado por cadenas y graderíos. Varias bancas de cemento duro mezclándose con las ramas de árboles viejos de corta estatura y rodeando la plaza las viejas calles empedradas adornadas con lúgubres faroles que se encienden cuando va entrando la noche. Gente corriendo como locos de un lado al otro y pordioseros pululando en los alrededores, vistiendo sus ropas más viejas y agujereadas para provocar algo de lástima a los paseantes y así recibir algunas monedas que les sirvieran para comprar algo de comer.

Junto a una de las cuatro piletas de agua un hombre ciego se había sentado en el piso. Era la fuente más grande, el lugar donde las parejas enamoradas llegaban para arrojar unas monedas al agua esperando que el destino les conceda sus deseos. Entre las seis de la tarde, justo antes de que el sol desaparezca, llegó una pareja al lugar. Eran dos jóvenes que habían contraído matrimonio hace apenas una semana.

—Amor mío, ¿quieres lanzar una moneda al agua?
—preguntó el joven esposo ilusionado—. Anda, pide un deseo.

—¿Estás seguro? —respondió ella sonriendo—, ¿no será gastar una moneda en vano?

—Para nada —dijo él—, todo lo que tengo es tuyo.

Así, la joven, lanzó la moneda dentro de la piletta.

Ellos no se habían percatado de la presencia del invidente anciano que esperaba en el piso cerca de la piletta y cuando estaban a punto de retirarse aquel hombre los sorprendió con su gruesa y ronca voz.

—Felicidades por su boda —exclamó el anciano.

La pareja, asombrada por el atrevimiento, no pudo distinguir si eran palabras sinceras o un comentario sarcástico de alguien amargado. Claramente era ciego, vestía pantalón de vestir y un saco de lana que dejaba ver porciones de su desalineada camisa.

—¿De qué habla? —reaccionó el joven ante la mirada de sorpresa de su esposa—, ¿cómo sabe usted que estamos casados.

—Se nota a leguas —contestó el hombre ciego—, eso es fácil de saber.

—¡Ah si! —interrumpió la mujer sorprendida— Díganos, ¿qué prueba tiene de que así es?

—Pues... bueno, en primer lugar la forma forma de hablar. El caballero ofrece a la dama lanzar una moneda y la primera reacción de ella es negarse pues es mejor cuidar la encomía del hogar. Luego él dice la famosa frase "todo lo que tengo es tuyo" y esas son palabras que se dicen en los votos matrimoniales solamente.

También está su tono de voz, se nota que ambos son muy jóvenes, eso quiere decir que no ha pasado mucho de su matrimonio. Finalmente, un paseo por la plaza es común para los que están enamorados y recién casados pues, cuando pasa el tiempo, dejan de venir. Uno no podría saber si es porque se les acabó el amor o se les complicó el tiempo. Quizás con los años es más difícil disfrutar de las buenas cosas de la vida.

La joven pareja quedó atonita sin lugar a decir ninguna palabra.

—Pero hay algo que ustedes aún no saben —volvió a hablar el hombre ciego—. Cada noche, cuando toda la gente se va a su casa, los mendigos vienen a la pileta y sacan todas esas monedas del agua y se las llevan. Yo quisiera hacerlo pero no puedo ver ninguna. Ustedes dirán qué tan sabio es arrojar una moneda allí sabiendo que el deseo no se cumplirá y que la moneda terminará en el bolsillo de algún harapiento mendigo.

—¿Quiere decir que mi matrimonio no durará para siempre? —preguntó la mujer molesta por las palabras que dijo el ciego.

—Lo que quiero decir es que un matrimonio duradero no depende de los buenos deseos, sino de la sabiduría que ambos tengan para llevar adelante la relación. Usted puede lanzar al agua todas las monedas que quiera, pero siempre será mejor invertir en el amor verdadero, el servicio, la paciencia.

Los recién casados se miraron a los ojos y nuevamente se quedaron sin palabras.

—Y... ¿cómo se hace para amar de verdad? —dijo el joven cambiando la actitud, ahora estaba dispuesto a aprender de aquel anciano.

—Sí, y para tener paciencia —acotó ella esperando una respuesta sabia.

—Esa es la pregunta que se hará cada mañana —respondió el ciego—, la respuesta vendrá en cada oportunidad. El amor verdadero es sacrificio, es entrega, es darlo todo sin esperar nada a cambio, es soportarlo todo, y estar dispuesto a empezar de nuevo luego de cada caída.

En ese momento llegó a la escena una mujer muy bien vestida. Tomó del brazo al hombre ciego y le ayudó a levantarse.

—Vamos Gabriel —exclamó la señora—, es hora de irse, nos va a alcanzar la noche.

—Amado capullo, contigo iré a donde quieras.

—¡Cómo! —intervino la joven mujer recién casada—, ¿usted conoce a este mendigo?

—¿Mendigo? —reaccionó la señora con una carcajada—. Este hombre es mi marido, es profesor jubilado de la Universidad Estatal y aunque está ciego no es ningún mendigo. Y tú —dijo, refiriéndose a su esposo—, deja de fingir delante de todos que eres un vagabundo, te he dicho que ya no uses ese saco viejo y descuidado.

Y tomándolo de la mano le dirigió hasta su auto para llevarlo a casa.

Puedes descargar este y otros cuentos
gratuitamente en:

www.soydavidnoba.com